

UNIVERSIDAD de México

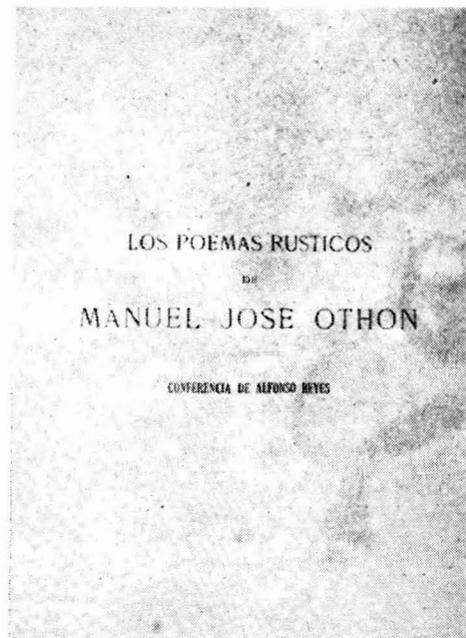
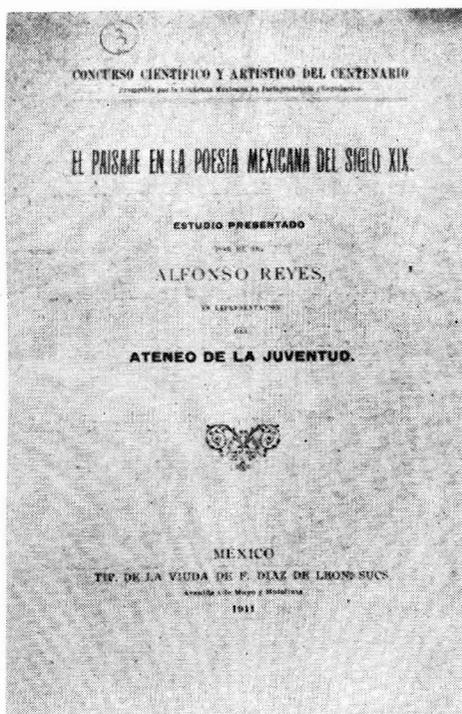
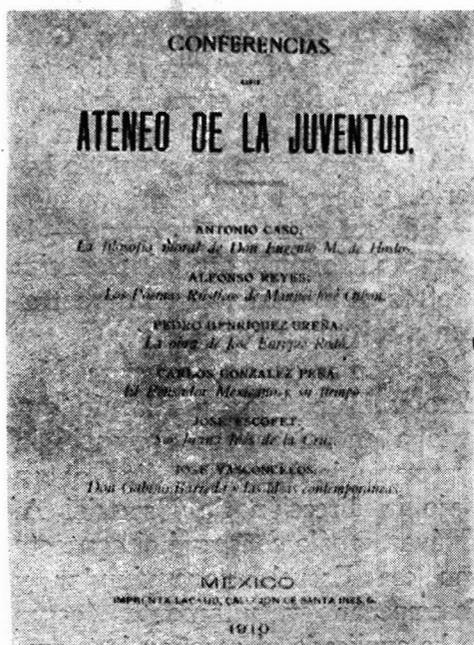
VOLUMEN IX • NUMERO 7
MEXICO, MARZO DE 1955
EJEMPLAR: \$1.00

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

HISTORIA DOCUMENTAL DE

MIS LIBROS

Por Alfonso REYES



II. De las "Conferencias del Centenario" a los "Cartones de Madrid"

1. El tránsito

YA he dicho que, entre las *Cuestiones estéticas* y mis libros posteriores, han de pasar unos cuatro años. Para cubrir el tránsito que va de aquella obra a los *Cartones de Madrid*, —de mis últimos días en México a mis prime-

ros días en España, pasando antes por París—, debo recordar aquí las dos "Conferencias del Centenario", por escrúpulo bibliográfico y aunque no se trate de verdaderos libros. Aún tuve tiempo de leer y de publicar estas conferencias antes de mi viaje. Nunca las he recogido en tomo.

El ensayo sobre *Los "Poemas rústicos" de Manuel José Othon* figura en el folleto: *Conferencias*

NOVEDADES Brillante Recepción de Abogado



Grupo formado por don Alfonso Reyes, ex hermano el Ministro de Justicia licenciado don Rodolfo, y varios amigos que felicitaron efusivamente a don Alfonso, por el magnífico éxito que obtuvo en su examen profesional.

S U M A R I O

LA FERIA DE LOS DIAS • LOS DIAS ENMASCARADOS por Emmanuel Carballo • ELEGIAS DE PROPERCIO, versión de Amparo Gaos y Rubén Bonifaz Nuño • LOS RESTOS por Carlos Fuentes • ALFONSO MENDEZ PLANCARTE (1909-1955) por María del Carmen Millán • LA EXPRESION DE LAS FUERZAS EXTRAÑAS EN LEOPOLDO LUGONES por Emma Susana Speratti Piñero • POESIA PURA Y ARTE ABSTRACTO por Tomás Segovia • ARTES PLASTICAS (Orozco, Rivera, Siqueiros y Tamayo) por J. J. Crespo de la Serna • EL CINE por Martín Palma • LIBROS por Carlos Valdés, Fausto Vega y Carlos Villegas

García

del Ateneo de la Juventud (México, Imp. Lacaud, 1910, pp. 15-60), y fué leído el 15 de agosto ese mismo año del Centenario. Hubo ecos favorables, y otros no precisamente desfavorables, pero un tanto burlescos. Las burlas más bien se dirigían contra el Ateneo en conjunto, sin ningún motivo especial.

Esta conferencia merece ya algunos retoques, pero veo que todavía se la cita y se la acepta en lo esencial. Fué reproducida, con otros estudios sobre Othón de Victoriano Agüeros, José López Portillo y Rojas, Luis G. Urbina y Jesús Urueta, entre los preliminares de las *Obras de Manuel José Othón* publicadas por la Secretaría de Educación Pública y al cuidado de S(alvador) N(ovo) en 2 volúmenes, México, 1928.

Con *El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX* representé al Ateneo en el Concurso Científico y Artístico del Centenario, promovido por la Academia Mexicana de Legislación y Jurisprudencia. La conferencia se publicó en folleto aparte, (Tip. de la Vda. de F. Díaz de León, Sucs., 1911); y por cierto quedó incompleta. En una nota final ofrecí que la redondearía más tarde. Nunca lo hice. Algunas páginas de este folleto, por ahora olvidado y aun entiendo que superado por la crítica posterior (Torres Bodet, Carmen Millán), pasarían a la *Visión de Anáhuac* como he de explicarlo más adelante. A este momento corresponde la elaboración de *El plano oblicuo*, cuya reseña dejaré para el día de su publicación, 1920.

Sobre esta conferencia (salvo una rápida crónica de *El Diario*, 14 de febrero de 1911: "Piensa como debe pensar, con su cabeza") no conservo comentario alguno, sea por lo corto de la edición, acaso agotado entre los miembros del Foro, sea porque el libro *Cuestiones estéticas*, que acababa de llegar entonces, se llevó toda la atención de la crítica. Con juvenil desenfado, me atrevía contra el popular "salmista" Manuel Carpio, haciendo donaire de su sandía religiosidad, la cual —dije— se reduce a un pueril asombro (menos que pascaliano, naturalmente) ante la infinidad de mundos y "globos" que el Inmenso Criador (*sic*) lanza por los espacios. No señalé suficientemente, en cambio, los aciertos de aquel poeta, aunque no los disimulé tampoco. A media lectura, tuve la pena de ver que un deudo de Carpio abandonaba el sa-

lón. Una hora después, no sé por qué causa, me encontré con don Justo Sierra. Ya le habían contado el suceso:

—Me dicen que acaba usted de sacrificar a Carpio. ¿En aras de qué divinidad?

—En aras de la Belleza, Maestro.

—Bien hecho, bien hecho.

Acontecieron desgracias y tremendas convulsiones sociales. A Díaz sucedió De la Barra, y a éste, Madero. Me casé en 1911. Nació mi hijo al año siguiente. Llegó la Navidad de 1912, y con ella, la rendición de Linares, en que la estrella de mi padre declinó para siempre. Vino la calle de la Amargura, el confinamiento en Santiago Tlalteolco, de donde mi padre salió para caer frente a la Puerta Mariana, Palacio Nacional, 9 de febrero de 1913, entre seis y siete de la mañana. Poco antes, aquel intachable liberal me había permitido aceptar el cargo de Secretario en la Escuela de Altos Estudios, cargo para el

cual me había nombrado Pino Suárez por iniciativa del director Alfonso Pruneda y por diligencia de Luis Cabrera que manifestó singular empeño en el caso. "Sigue tu camino —me había dicho mi padre—. El mío se apresura ya a su término y no tengo derecho de atra-vesarme en tu carrera."

Todavía el Presidente Madero —a través de Alberto J. Pani y por mediación de Martín Luis Guzmán— llegó a ofrecerme la libertad del General Reyes, si yo le daba mi palabra de que se retiraría a la vida privada. Pero yo no pude hacerlo, porque no era mi opinión —dada mi extrema juventud— la que podía dominar otras influencias y otros compromisos que arrastraban a mi pobre padre.

Cuando a su vez cayeron Madero y Pino Suárez, hice lo que estaba en mi mano: renuncié la secretaría de Altos Estudios, ahora bajo la dirección de Ezequiel A. Chávez, y sólo conservé el contacto con esa Escuela para fundar y desempeñar gratuitamente (como lo he explicado al reseñar las campañas de la Generación del Centenario) la primer cátedra de Historia de la Lengua y la Literatura Españolas. Pedro Henríquez Ureña, que era muy pobre, me trajo todos sus ahorros para que no se me obligara a cambiar de actitud. Acompañado de Pedro Henríquez Ureña, solicité de cierto amigo muy querido y muy admirado que se apartara de un cargo público, lo que no se pudo lograr. Inútilmente hice otros esfuerzos y aun rechacé la oferta de una alta secretaría particular. Anhelé poner tierra y mar de por medio y alejarme de la *vendetta* mexicana. (Léase, entre líneas, mi *Ifigenia cruel*). Obtuve el título de abogado el 12 de julio de 1913. Me nombraron segundo Secretario de nuestra Legación en París (hoy Embajada), nombramiento con su poquillo de destierro honorable. Empecé el viaje a París a bordo del paquebote *Espagne*, (un barco que muchos mexicanos recuerdan), el cual salió de Veracruz rumbo a Saint-Nazaire el 12 de agosto. Y en París permanecí hasta agosto del siguiente año, poco después de comenzada la guerra.

Sin duda que mi primer contacto con París me fué provechoso, pero lo calificaría yo mejor si lo llamo un provechoso desconcierto. Eran aquellos mis primeros pasos en tie-

(Pasa a la pág. 10)

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

Rector:

Doctor Nabor Carrillo Flores.

Secretario General:

Doctor Efrén C. del Pozo.

REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO

Director:

Jaime García Terrés.

Coordinador:

Henrique González Casanova.

Director artístico:

Miguel Prieto.

Secretario de redacción:

Emmanuel Carballo.

Toda correspondencia debe dirigirse a:

"REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO"

Universidad Nacional Autónoma de México,
Justo Sierra 16. México, D. F.

Precio del ejemplar: \$ 1.00

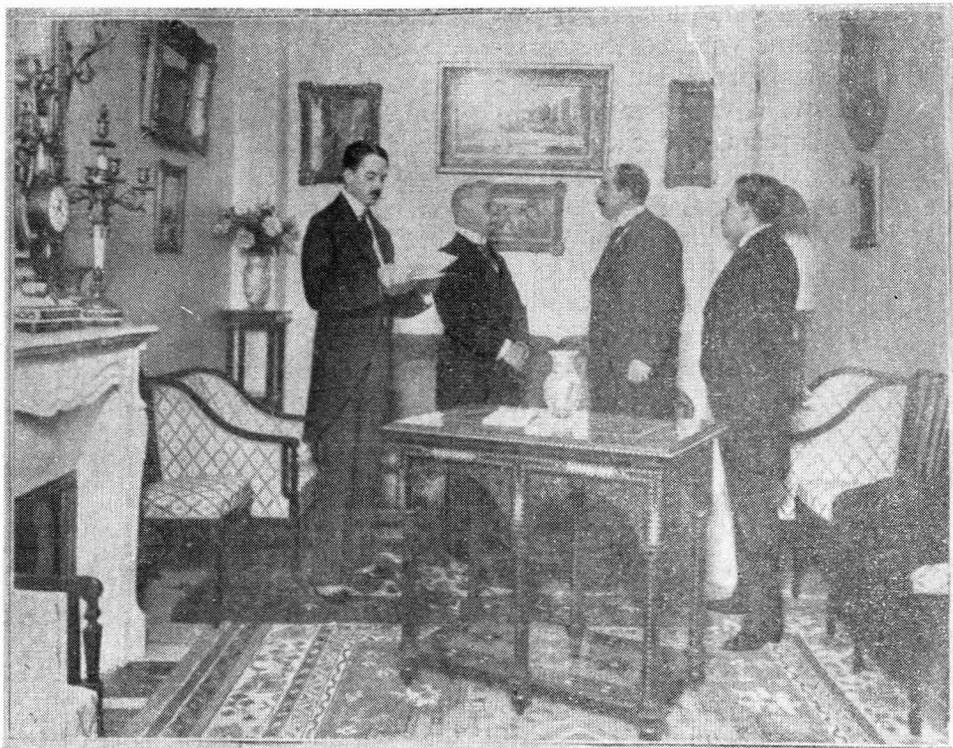
Número doble: " 1.50

Suscripción anual: " 10.00

PATROCINADORES

COMPañÍA HULERA EUZKADI, S. A.—
ABBOTT LABORATORIES DE MÉXICO, S. A.—
BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR,
S. A.—CALIDRA, S. A.—COMPañÍA MEXICANA
DE AVIACIÓN, S. A.—ELECTROMOTOR,
S. A.—FERROCARRILES DE MÉXICO, S. A.—
FINANCIERA NACIONAL AZUCARERA, S. A.—
INGENIEROS CIVILES ASOCIADOS, S. A.—
(ICA).—INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO
SOCIAL.—LOTERÍA NACIONAL PARA LA ASIS-
TENCIA PÚBLICA.—NACIONAL FINANCIERA,
S. A.—PETRÓLEOS MEXICANOS.

HISTORIA DOCUMENTAL DE MIS LIBROS



El personal de la Legación Mexicana visita una casa editora de París

(Viene de la pág. 2)

rra extraña. Ni siquiera disfrutaba yo libremente los placeres del turista. Me absorbía la rutina de la Legación; y el servicio diplomático entendido a nuestra manera —es decir, muy mal— me convirtió prácticamente en un mecanógrafo de categoría. ¿Para eso habíamos hecho la carrera de Leyes y habíamos estudiado con cierta afición el Derecho internacional?

A título de curiosidad, contaré que entonces, para no perder mis relaciones editoriales y por mediación de mi paisano Carlos Barrera, ami-



Ventura García Calderón

go de la infancia (quien formaba parte del grupo revolucionario que esperaba su momento para, a su turno, hacerse cargo de la Legación de México en Francia), traduje anónimamente, sin afición ni ganas, *La novena de Coleta*, de Colette Yver, que Nelson publicó al fin muy alterada, creo que por 1914.

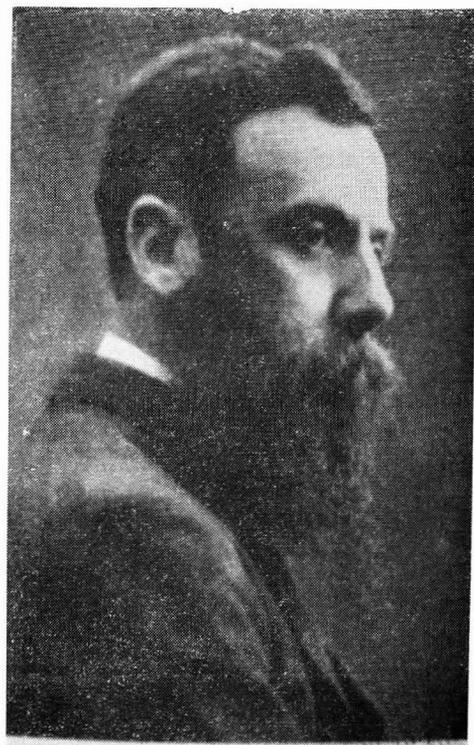
La fácil síntesis de Francia que yo me había forjado desde mi tierra se me quiso despedazar al choque de aquella realidad enorme y compleja. En mis ratos de mal humor, me sentía yo entonces más lejos de París que cuando, en la

Avenida del Cinco de Mayo, de México, visitaba la Librería Bouret. Queda un eco de esta desazón en mi artículo "París cubista" (*El Cazador*).

Poco a poco, mis ojos y mi sensibilidad se educaron. Comencé a discernir y a entender. En México sólo había yo llegado hasta los poetas simbolistas y los llamados decadentes. En París descubrí el nuevo movimiento que parte, digamos, de André Gide, y me encontré con la literatura militante de la *Nouvelle Revue Française*.

Yo echaba mucho de menos a los amigos de mi tierra. ¿Por qué no decir que los soñaba y lloraba en sueños? ¿Es esto un desdoro? Los hermanos Francisco y Ventura García Calderón vinieron a ocupar su sitio. En la *Revista de América*, que ellos publicaban, escribí algunos ensayos sobre la literatura mexicana, germen de mi "Pasado inmediato". Francisco era mi vecino —cosa de la casualidad—, y una noche a la semana me permitía evocar, en su casa, las veladas aquellas de Santa María, en la biblioteca de Antonio Caso, a que me refiero en el final de *El Suicida*. Cuando, a su turno, él y su esposa Rosa Amalia nos visitaban, Francisco se deleitaba paseando entre los libros de mi pequeña biblioteca, que ya comenzaba a no ser pequeña y que yo había transportado heroicamente desde México hasta París.

Por suerte, se encontraban también allá dos antiguos camaradas



R. Foulche-Delbosc
1884-1929

míos, los pintores Angel Zárraga y Diego Rivera, que navegaban las sirtes del cubismo y de otras revoluciones estéticas levantadas, sobre todo, por la gran marea de Picasso y aun las prédicas de Marinetti. Ellos me ayudaron a orientarme. En el taller de Diego y de Angelina Belloff conocí a Foujita y a Ilya Ehrenburg, que entonces escribía su primer libro o uno de sus primeros libros —*Julio Jurenito*—, al estímulo de Diego Rivera.

Me relacioné con Raymond Foulché-Delbosc, el sabio director de la *Revue Hispanique*, y no tardaría en darle algunas colaboraciones. Yo me figuraba que iba a encontrarme con un anciano; pero era un hombre en pleno vigor, alto y barbado, que hablaba español mejor que yo, vivía solitario en su departamento del Boulevard Malesherbes, atestado materialmente de libros, y sólo salía a la calle los viernes.

Entrado ya el verano, el sabio se fué de vacaciones al pueblecito de Bourron, cercanías de Fontainebleau, lugar predilecto de los paisajistas y de Robert Louis Stevenson, lo que ya he contado también en "El reverso de un libro". Me convidó un día a su lado y me hizo pasear por los campos de la dulce Francia. Años después, cuando yo ya me encontraba en Madrid, tuve la suerte de ayudarlo, en calidad de humilde albañil —pues él, desde Francia, era el arquitecto— para la edición monumental de las obras de Góngora fundada en el manuscrito Chacón, que el poeta dejó preparado a su muerte; pues nunca llegó a publicar una colección de sus poemas. Añadimos un espistolario, el testamento, las dos *vidas* escritas por Pellicer, y creo que hemos dejado, en tres tomos, una edición fundamental.



"Azorín" en 1919



ALFONSO REYES

LAS VÍSPERAS DE ESPAÑA

SUR
BUENOS AIRES

CARTONES DE MADRID
(1914-1917)



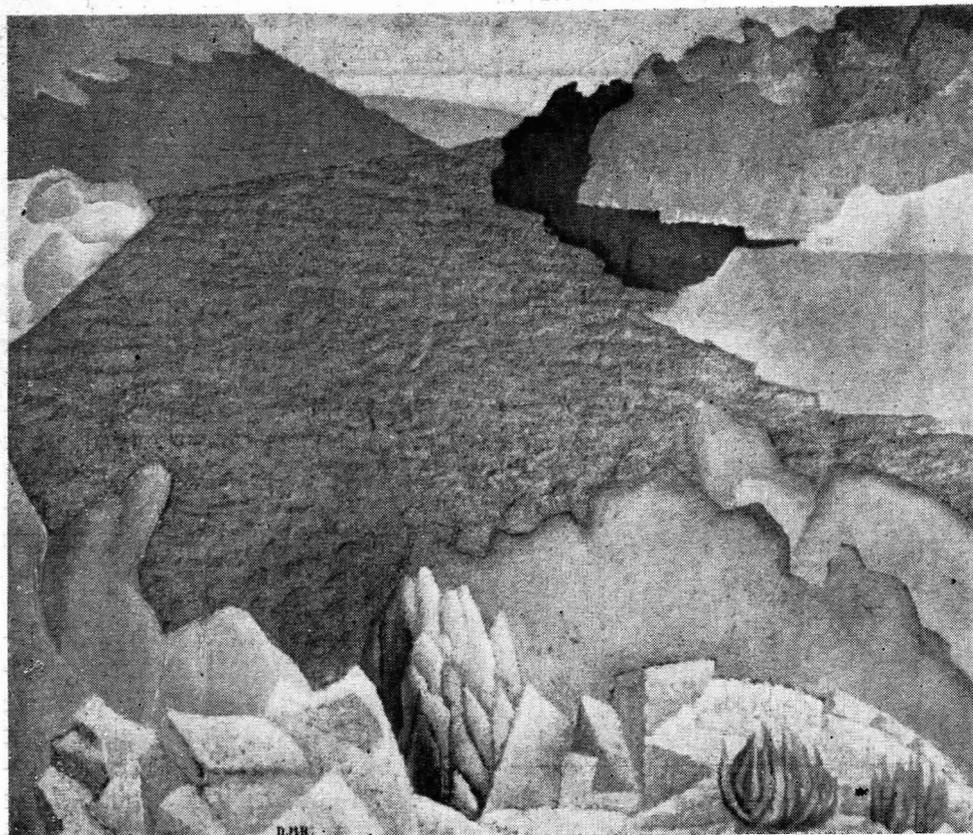
Primera edición

Aquí aparecen por segunda vez los Cartones

Forma parte de Las visperas de España

Mi amistad con Foulché-Delbosc duró mientras duró su vida. Y todavía después la heredó su joven esposa Isabel, —dama anglocanadiense de origen— con quien se casó a últimas fechas. Guardo todavía varios libros antiguos (clásicos españoles, siglos XVI y XVII) que debo a la generosidad de Foulché-Delbosc. Conservo mi correspondencia con él, que hasta podrá servir para ilustrar algunos extremos de nuestra edición gongorina. Y cuando falleció en 1929, encontrándome yo al frente de nuestra Embajada en Buenos Aires, redacté anónimamente esta noticia necrológica para una revista de jóvenes:

Su nombre está asociado a todas las modernas investigaciones sobre la historia literaria española. Manifestó su interés por América —con cuyos escritores mantuvo constantes e íntimas relaciones—, organizando y publicando en su autorizada revista una serie de monografías sobre las literaturas de nuestros países. Maestro consumado en asuntos de bibliografía, supo (y esto es característico de su obra) sacar la mayor cantidad posible de inferencias por sólo los datos materiales de un libro, considerado como objeto físico. Ultimamente, sus preciosos trabajos en torno a la obra de Góngora habían dado popularidad a su nombre en el mundo de los no especialistas. Su actividad era ejemplar y deja seguramente mucha labor inédita. Deja también una de las mejores bibliotecas hispánicas del mundo. (*Libra*, I, Invierno —número único—, Buenos Aires, 1929, p. 97).



Diego Rivera: El mar de Mallorca

Su biblioteca, en parte, se dispersó en las ventas al martillo del Hôtel Drouot (París), y en parte, fué a asilarse en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, donde yo encontré algunos volúmenes, viejos conocidos míos.

La verdad es que, en la noticia necrológica de *Libra*, me quedé corto. Pude añadir que, más de una vez, Foulché-Delbosc desbordaba el campo de su estricta especialidad y, bajo seudónimos que le imponía el pudor —según podrá apreciarlo quien consulte su Catálogo y Bibliografía, redactados después de su muerte por Julio Puyol y Alonso— llegaba hasta la literatura contemporánea. Pude añadir que aquel erudito implacable y áspero polemista, no exento de pasión y amargura, era, en lo personal, el más perfecto *honnête-homme*, según las mejores tradiciones francesas, ameno corresponsal, amigo exquisito y hombre de excelente compañía, capaz de los más firmes afectos. El mundo en que yo viviría más tarde en Madrid —me refiero especialmente al grupo de los filólogos e hispanistas— no era precisamente de su devoción. Ello no empañó nuestra amistad. Siempre lo recordaré con respeto y afecto.

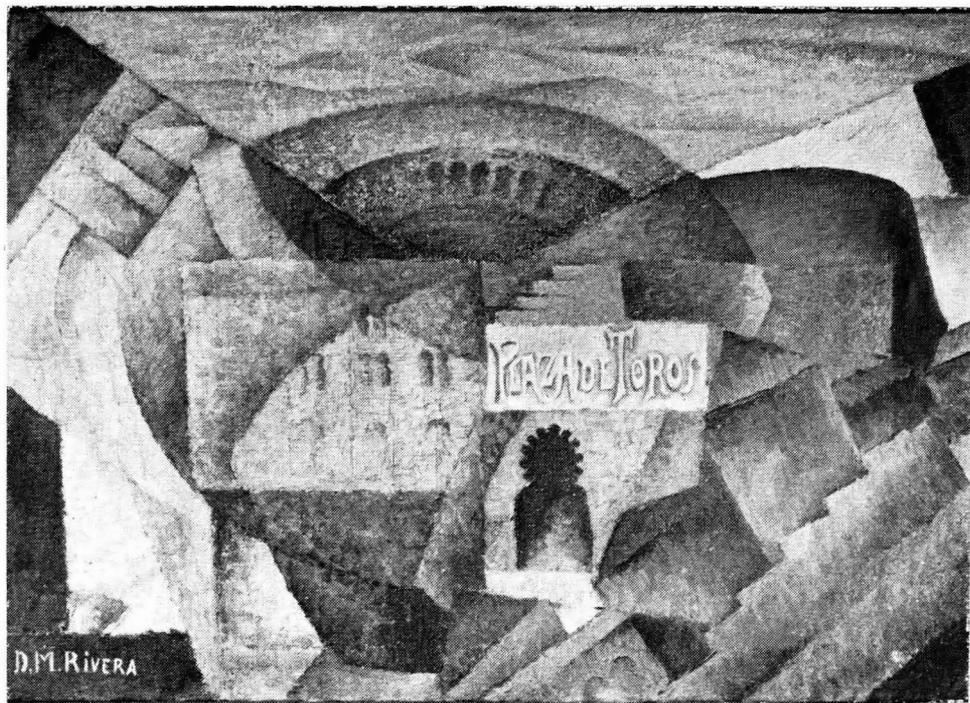
Una de mis primeras visitas en París fué para el maestro Ernest Martinenche que, por 1910, asistió, en México, al bautismo de la nueva Universidad, en representación de la venerable Sorbona, y que era uno de los centros obligados de toda relación con España e Hispanoamérica. “¡Qué Ernest Marti-

nenche, ni qué ocho cuartos! —le decía Unamuno—. ¡Usted es don Ernesto Martínez!” En su casa conocí al gran poeta Jules Supervielle, que hacía entonces sus primeras armas, y al simpático y caballeroso Charles Lesca, ambos con un pie en el Uruguay y otro en Francia, aquél llamado a muy altas cumbres y éste muerto pocos años más tarde, cuando ya nos lo había arrebatado la política de la Acción Francesa.

Era Martinenche hombre vivaz y encantador, a quien la ciencia no le pesaba, dotado de un humor chispeante, y que tenía la mano y el espíritu siempre abiertos. Publicados ya aquellos libros sobre Víctor Hugo y España, sobre el teatro

español y Francia —donde, no lo olvidemos, examinó las influencias de nuestro Ruiz de Alarcón en Corneille—, vivía como desengañado y acaso se daba todo a su cátedra y al trato social. Cuando mi segunda estancia en París (1924 en adelante), era, con el poeta cubano-francés Armand Godoy (tradicción de Armas y de Heredia), el animador de la *Revue de l'Amérique Latine*, de tan grato recuerdo para cuantos a ella nos acercamos.

Mi hermano Rodolfo que, naturalmente, acabaría por no entenderse con Huerta, que salió del Gabinete, asumió una actitud acusatoria en la Cámara, fué a dar a la cárcel con todos los diputados y finalmente fué desterrado, se reunió conmigo en París. Apenas comenzaba yo a recomponer mi idea elemental de Francia, cuando sobrevinieron dos accidentes que me obligaron a cruzar la frontera y a radicarme en España. Uno fué la Guerra Europea (1914-18), y otro, al triunfo de Carranza, la supresión en masa del Cuerpo Diplomático y Consular Mexicano en el extranjero. O mejor, la suposición de que tal cuerpo de funcionarios no existía ni había existido nunca, o de que le cabía, en masa, alguna responsabilidad por lo que sucedía en México. Se procedió, cierto, a hacer algunas paulatinas y muy contadas excepciones. Pero, por lo pronto, hubo de todo entre los funcionarios abandonados a su suerte. Yo sabía ya, desde que salí de México, que mi situación era precaria, y pronto traté con las casas Ollendorff y Garnier que, en principio, se manifestaron dispuestas a darme trabajo llegado el momento. Pero la guerra cerró las puertas de ambas oficinas editoria-



Diego Rivera: La plaza de toros de Madrid

les y, de paso, a mí también me las cerró. ¿Qué podía yo hacer en París, extranjero de veinticinco años? ¿Podía yo regresar a México para mostrar mi alma por la calle y dar explicaciones sobre lo que he callado más de ocho lustros? Además, yo no tenía recursos para el viaje y, la verdad, quería seguir mi senda propia. “Ya no existen los Pirineos”, me dije, y emprendí ese viaje a España de que he dejado la crónica en “Rumbo al Sur” (*Las visperas de España*). De una vez para siempre cito estas páginas, que se relacionan con todo lo que ha de seguir, así como “El reverso de un libro” (*Pasado inmediato*).

2. En España

Llegué, pues, a tierra española, donde mi hermano Rodolfo, ya acompañado de su familia, nos recibió en su casa. En San Sebastián permanecí menos de un mes, meditando mis primeros planes, antes de emprender “el sitio de Madrid”, como hubiera dicho Henry James. Allí conocí a un gran español, “Azorín”. Y aunque don Francisco. A. de Icaza andaba también por la Bella Easo, sólo lo encontré más tarde en Madrid. Con ambos había de unirme una amistad inquebrantable.

“Azorín” es algo retraído. Mi nombre no le decía nada, y por aquellos tiempos, los mexicanos—fuera de Rodolfo Gaona—éramos allá desconocidos. Cuando le pedí por carta una entrevista, yo sé que vaciló un poco. Por suerte lo consulté con Icaza, tan mexicano como español por su larga residencia en Madrid y su vinculación con aquel mundo literario, donde gozaba de gran renombre. Icaza tranquilizó a “Azorín” respecto a mi modesta persona y me otorgó el *Nihil obstat*. “Azorín” me permitió visitarlo, y a poco paseábamos juntos por las playas. Vencido el primer obstáculo de aquella cara inexpresiva, aquella impasividad más escandinava que alicantina, aquella habla casi tartamudeante y defectuosa (eliminación de la *c* fuerte), la finura y la incomparable sutileza de aquel hombre me subyugaron poco a poco. Ni él ni yo, lo digo con orgullo, hemos olvidado aquel encuentro. Quince años más tarde, me escribía con ese su estilo inconfundible que recuerda el tono de su voz:

... Yo tengo siempre presente la imagen del amigo, en San Sebastián, la primera vez que lo ví. Y luego, la sensación de una

mañana —la del 13 de septiembre de 1914— en que paseé con él por el Paseo de los Fueros, a las once de la mañana. El cielo estaba azul, con unas nubecitas blancas. Claro que por algo me acuerdo yo de todos los pormenores de esa mañana...

A través del tiempo y las mudanzas, se ha mantenido esta relación, que el trato de Madrid así como ciertas colaboraciones y viajes por el sur de Francia —los referiré más adelante— habían de hacer más estrecha. A tal punto, que estoy cierto de conocer a “Azorín” mejor que la mayoría de los hombres de mi generación, sin exceptuar a sus compatriotas.

Pero vuelvo al hilo de mi relato. Estábamos en San Sebastián. Decidí dejar allí a mi mujer, a mi hijo y a mi fiel criada bretona, mientras encontraba mi acomodo. Nuestro llorado Angel Zárraga se hallaba a la sazón en Fuenterrabía. Nos pusimos de acuerdo e hicimos juntos el viaje a Madrid, a donde desembocamos el 2 de octubre de 1914. Y entonces rodé por esas posaditas de que en otra parte hago mención (*Carta-Dedicatoria de los Cartones de Madrid*). He venido “a pretender en Corte”, a ver de ganarme la vida, como el abuelo Ruiz de Alarcón, a quien más tarde evocaré en mis palabras ante el Ayuntamiento, declarándome “un voluntario de Madrid” (*Calendario*, fragmento destacado del discurso ante el Ayuntamiento de Madrid que he recogido en *De viva voz*.)

3. Madrid y los Cartones

Para reunirnos con Jesús Acevedo, Angel Zárraga y yo paramos en Carretas nº 45, frente a la antigua mazmorra de Correos, Posada de la Concha, (“Concha Cabra”, en honor del dómine de Quevedo). Nos dan una tras-alcoba, cuya parte exterior ocupaba el estudiante Quebrantahuesos, que así fué llamado porque cenaba pajaritos fritos y dejaba en la chimenea los relieves de su yantar. Comenzaba el año académico, y el Quebrantahuesos olvidaba cada día otro texto sobre su mesa. Una mañana aparece, junto al armario, un loro en su estaca.

Acevedo, recién casado y también huído de México, donde había sido, bajo Huerta, Director de Correos, “me esperaba”, en toda la profundidad del vocablo, y había suspendido, entre tanto, sus emociones. Zárraga se va reintegrando en la vida del café madrileño, que ya conoció y

practicó antes de su instalación en París; esa vida ateniense... A todos nos cuenta sus planes de encerrarse en Toledo, entre cuatro muros encalados, para pintar y moler él mismo sus colores. Acevedo se fué una mañana a Aranjuez; Angel, una tarde, se fué a Toledo.

Eduardo Colín, que aún colgaba de la Legación de México, me llevó de noche a los barrios bajos, cosa terrible en su mortecina quietud, sus calles empedradas, sus faroles de gas como adormilados. Encallamos en el Teatro Madrileño: público soez y rugiente, de caras fruncidas en cicatriz; hampa que injuria a las cupletistas. La injuria en la calle de Atocha, como el piropo en la de Alcalá, son amor represado, imaginación turbada. Por una peseta, salen hasta doce mujeres, una tras otra, o bien dos a un tiempo en un juego de empellones y obscenidad cruda. Cantan mal, bailan regular. Una, admirablemente. Si Dorian Gray la descubre aquí, se casa con ella. Se entrega a la danza y no oye al público. Su garganta se martiriza y sus ojos se extravían y ausentan. Lo demás, nada: camareras escapadas de noche, debutantes pobres, camino más bien del prostíbulo. Saben reír cuando el público las maltrata. Todo, al gusto de ‘Monsieur de Phocas’. Quiroz, el pianista, es víctima del auditorio. Una vista cinematográfica es interrumpida a silbidos: el público quiere carne humana, como el ogro del cuento.

Vuelvo a la posada de la Concha. ¿Es Angel esa sombra de la otra cama? ¡No puede ser! Terror de las *Noches árabes* de Stevenson. ¿Si será un cadáver? Enciendo la luz: es un viejo escuálido y tosijoso, hermano de Concha. Vivimos en plena Picaresca: *Lazarillo*, *Alfarache*. No soporto la compañía del azar. Al día siguiente —dicho y hecho— me mudo a otra posada, calle de San Marcos nº 30, 2º izquierda. Es la casa de Doña Justa. ¿Doña Justa Cabra? Veremos cómo da de comer. Tengo un cuarto diminuto y limpio, pulido como si fuera de porcelana, como si fuera una borcelana. Lo he poblado en un instante con mi melancolía y mis recuerdos. Me siento aquí como encarcelado. Doña Justa me tiende la cama en persona. La noche es fría, me echo la gabardina encima. Una madre llora sin cesar por su niña que se le está muriendo. Decido mudarme nuevamente, y me mudo a otra posada próxima; más cara, pero de mejor aire. Dispongo de un cuarto exterior. Por entre las rejas de la ventana, compro a una vendedora ambulante los churros

para el desayuno. La hija de la posadera es solícita y se declara seducida por mi habla de mexicano. Un día vino de Toledo Angel Zárraga y almorzó conmigo. Allí disfruté las primeras noches de reposo y pude escribir. Volvió de Aranjuez Acevedo con su señora. Nos mudamos a la Pensión de Issoulié, los viejecitos franceses, calle de Génova. El matrimonio amigo tuvo allí su primer retoño.

He comenzado a acercarme por las tardes al Ateneo, conducido por Angel Zárraga. Compañía de geniecillos indiscretos. Amistad naciente de Díez-Canedo, Gómez Occerin, Pedro Salinas, Moreno Villa. Díez-Canedo me presenta con Acebal, en "La Lectura", para cuya colección de clásicos prepararé un Ruiz de Alarcón. El señor Acebal, mientras nos recibe, paladea un vaso de leche. A su lado, otra barba francesa, o mejor, del Greco: el poeta Juan Ramón Jiménez, atento y nervioso, con raras noticias médicas adquiridas a través de exquisitos males. Me mira con ojos fijos y penetrantes. ¡Tan amigos como llegaríamos a ser! El ha confundido los recuerdos y ha escrito que me conoció en la plataforma de un tranvía, donde, en efecto, nos encontramos y conversamos al día siguiente.

Para recibir a los míos, que habían quedado en San Sebastián, procuré un alojamiento mejor. Descubrí, en la calle de Recoletos, una pensión de familia donde había varios mexicanos, a cargo de Mme. Adrienne Carcassonne, señora angelical y gorducha. Su esposo, que estaba en la guerra, se escapó una vez para verla por unas horas, como lo hacían muchos *poilus*, a reserva de sufrir después un arresto. Una noche vino a cenar un viejo español, calvo y barbudo, alegre y autoritario, cabeza socrática, que usaba un birrete y no se lo quitó ni para ponerse a la mesa. Yo hablaba en francés con la señora, y pronto me vi envuelto en charla literaria con el personaje desconocido. Resultó ser Luis Ruiz Contreras, el traductor de Anatole France. Alejado ya del mundillo literario, era muy conocido entre la gente de pluma y había sido uno de los impulsores de la famosa Generación del 98 y fundador de la *Revista Nueva*, cuyo gimnasio he evocado en el *Reloj de Sol*, con noticias que él me proporcionó, pues a él le daba ya pereza escribir.

Pasaron días. Me instalé al fin, con mi familia, en un pisito modesto pero lleno de luz, quemando mis últimos cartuchos. Era en las orillas de Madrid, a una cuadra del

Paseo de Ronda, por donde acababa la ciudad: Torrijos, 42 duplicado, tercer patio, escalera C, 5º piso, letra B: letanía que enseñé de memoria a mi hijo por si alguna vez se perdía en la calle. Prieto, un mexicano de Orizaba que volvía a la patria, me vendió a precio piadoso unos muebles a medio uso. El resto se completó con cajones vacíos y un poco de buena voluntad. Frente a mí vivían unos albañiles catalanes. En un departamento contiguo se instalaron los Acevedo. Aquella noche me quedé sin una peseta. Había que comenzar desde el cero absoluto.

A la mañana siguiente, me dispuse a salir en busca de fortuna, sin duda esperando que algún pájaro del Señor me trajera la media torta como a San Antonio. Crucé el tercer patio, el segundo patio, el primer patio... Y al pasar frente al cuarto de los porteros, éstos me entregaron una tarjeta:

—Vino este señor a buscarlo. Que vaya usted a verlo, que lo necesita. Vive en Lista, a la vuelta.

La tarjeta era de don Luis Ruiz Contreras. Fuí a verlo:

—Estoy algo cansado —me dijo—. Durante la cena de la otra noche lo estuve observando a usted. Se me ofrece traducir la *Historia de la Guerra Europea* que ha comenzado a publicar, en Francia, Gabriel Hanoteaux. Me conviene contar con alguien que me desbroce el camino. Después, entro yo en acción y lo voy reduciendo todo a mi estilo personal. Le pago tanto por cuaderno. Aquí están los seis primeros cuadernos. Viene el invierno y usted necesita calentarse: aquí está el pago adelantado.

Y así salí de mi atolladero y empecé a satisfacer el apetito atrasado. En *Memorias de Cocina y Bodega*, Descanso 1º, he dicho ya que yo no comía entonces mucho, y que allí se me afinó la afición.

Poco después, el buen amigo Diego Redo, otro mexicano de la emigración, rica familia de hacendados y dueños de ingenios, inventó, para ayudarme yo creo, que íbamos a escribir una obra sobre el cultivo de la caña y la fabricación del azúcar, y trabajé en ello varios meses.

—Pues verá usted —me dijo sonriendo Enrique Díez-Canedo—. Yo me hallé una vez en trance de escribir algo sobre el cacao. Tal vez entre ambos podremos elaborar mañana un estupendo chocolate.

Poco después, se avecindó también en Torrijos Martín Luis Guzmán con su familia, recién llegado de México.

Entonces escribió su librito *La querrela de México*. Cuando podíamos, Acevedo, Guzmán y yo nos íbamos valientemente a los Toros. Cuando no podíamos, divertíamos a las familias con parodias de óperas italianas o con "cuadros plásticos", inspirados en las colecciones del Prado: por ejemplo, yo era el Conde Duque de Velázquez, Acevedo era el caballo en que va montado, y Martín Luis —yo no sé cómo—, simulaba el fondo del Paisaje. (Ver "notas sobre Jesús T. Acevedo", 2a. ed., II, págs. 292-299). Pepito Gamboa pasó también por ahí, como un rauda meteoro, con planes fantásticos sobre la fundación de una revista literaria. No sé qué fué de él, pero sé que no hubo revista.

Diego Rivera y Angelina Beloff estaban en Mallorca cuando se declaró la guerra: de allá se trasladaron a España. Vivían cerca de la Plaza de Toros, en compañía del escultor Lipchitz y de otro ruso-hebreo llamado Landau. Cuando Diego decidió volver a París para arreglar asuntos de su trabajo, Angelina se pasaba el tiempo con nosotros.

Aunque tardé, pues, en publicar mi segundo libro, no por eso abandoné la pluma. Al contrario, nunca había yo colaborado más en revistas de Europa y de América, ni me había visto en el caso de someterme, para una parte de mi labor, a disciplinas filológicas más rigurosas. Pero de esto trataré después.

Mi larga permanencia en la Villa y Corte puede dividirse en dos etapas: la primera, de fines de 1914 a fines de 1919, en que me sostengo exclusivamente de la pluma, en pobreza y en libertad; y la segunda, de 1920 a 1924, en que, tras de haber sido unos meses secretario de la Comisión Histórica Paso y Troncoso, bajo la dirección de don Francisco A. de Icaza y en compañía de Artemio de Valle Arizpe, me reintegro al Servicio Diplomático en nuestra Legación de Madrid (10 de junio de 1920), recibo un ascenso sobre mi antiguo grado, (21 de enero de 1921), y, salvo el momento inicial o las jefaturas transitorias de Sánchez Azcona y Alessio Robles, me quedo cerca de cinco años como Encargado de Negocios adint. Nuestros asuntos con España eran entonces difíciles y hasta temebundos. Pero me fué dable aprovechar en bien de nuestras relaciones las amistades e íntimos contactos que había establecido durante mi vida anterior, como escritor y periodista.

Por su orden de publicación, los libros de mi primera etapa madrileña son los siguientes: *Visión de Anáhuac*, 1915; *El Suicida*, 7 de abril de 1917; *Cartones de Madrid*, agosto de 1917. Pero el orden de su elaboración, al que prefiero atenerme, es éste: *Cartones*, *Visión*, *Suicida*.

Las primeras páginas de *Cartones* datan, en efecto, de los primeros días de Madrid. Se escribieron sobre las rodillas, en las posadas y en la calle. Al tono desbordado de las *Cuestiones estéticas* sucede un estilo incisivo y corto. Me enfrento con un mundo nuevo y procedo conforme a la estética de la "instantánea" y cediendo al primer sabor de la sorpresa. Antes de juntar en un tomito estas notas, las fui publicando casi todas en *El Heraldo de Cuba*, 11 de febrero de 1915 en adelante. "El entierro de la Sardina", por ejemplo, apareció en *Las Novedades* de Nueva York el 25 de noviembre de 1915.

La primera edición de los *Cartones de Madrid* (México, Cultura, 1917, tomo IV, nº 6, colección dirigida por Agustín Loera y Chávez y Julio Torri) lleva una estampa de Goya en la portada y tiene un delicioso aire de trabajo de aficionados. Fué amablemente cuidada por Julio Torri y Manuel Toussaint. La dedicatoria "A mis amigos de México y de Madrid" está firmada en mayo de 1917. Por agosto de ese año me enviaron los 75 ejemplares de autor.

Yo siempre he creído, a juzgar por cierta carta que recibí desde Ronda, fechada en 27 de septiembre del propio año, que los *Cartones* contribuyeron a afianzar mi amistad con Rafael Calleja, quien, por conducto de Juan Ramón Jiménez y creo que por iniciativa de éste, ya me había encargado antes la traducción de la *Ortodoxia* de Chesterton, y para quien ya preparaba yo a la sazón ciertas ediciones populares de clásicos españoles. Siento especial inclinación para los *Cartones*, porque el escribirlos era mi única distracción en horas de angustia y por las valiosas amistades que creo deberles. "Azorín", ya en trato muy frecuente conmigo, me decía en una de sus preciosas miniaturas epistolares: "...su exquisito libro, esencia de España". Todas las palabras de "Azorín" valen oro. En México tuve la suerte de cosechar dos efusivos comentarios, ambos firmados con seudónimos: uno del "Licenciado Vidriera" (José D. Frías), *El Universal*, 18 de agosto de 1917, y otro de "Arkel"

(Carlos González Peña), *El Universal*, 24 del mismo mes.

Torri me animaba desde México a juntar los *Cartones* con ciertos relatos de viajero que yo había comunicado en carta a él y a Pedro Henríquez Ureña: mi paseo con Foulché-Delbosc por los alrededores de Fontainebleau; mi encuentro con el hispanista Martinenche, con Supervielle y Lesca; mis primeras impresiones sobre los hermanos García Calderón; mi "descubrimiento" de la *Nouvelle Revue Française*... Pero yo no había conservado ninguna de esas "cartas de relación". Posible es, sin embargo, que el consejo de Julio Torri (¿No te seduce —me decía *cum grano salis*— la fama de narrador de viajes?) me haya llevado más tarde a agrupar los *Cartones* en la colección que llamé *Las vísperas de España* (Buenos Aires, *Sur*, 1937). Lo cual constituye una segunda edición.

La tercera edición consta en el volumen antológico *Dos o tres mundos*, selección y prólogo de Antonio Castro Leal, México, "Letras de México", 1944 (donde el antologista suprimió la Carta-Dedicatoria "A mis amigos de México y de Madrid"), pp. 89-162.

Sobre el texto reproducido en *Las vísperas*, justamente —pues que la primera y la tercera ediciones circularon poco fuera de México— se han hecho algunas traducciones fragmentarias de los *Cartones*. Por ejemplo: *Das Begräbnis der Sardine* ("El entierro de la Sardina"), por R. Kaltfen, publicada en el *Morgenzeitung*, Mahrisch-Ostraw (Checoslavaquia), 15 de febrero de 1938 y reproducida en periódicos de Austria y Lucerna.

De la nota final que puse en *Las vísperas* copio los pasajes siguientes:

José Ortega y Gasset me ha dicho que no entendí bien sus palabras en "El derecho a la locura". Como hay una justicia, yo pagué mi error viendo cómo cierto intérprete de Rivera aprovechaba las observaciones y aun las citas clásicas que allí aportó al tema del cubismo. (*Me refiero a los inocentes plagios que he señalado expresamente en mis "Epílogos" de 1953, nº 4, segunda serie de "Marginalia"*).

Al releer estas páginas se me ocurren referencias a otros libros en que toco asuntos semejantes. A propósito del "Estado de ánimo", donde empiezo hablando de la Residencia de Estudiantes, me acuerdo de cierto pasaje que le dediqué en la 5ª

serie de *Simpatías y diferencias* (*Reloj de Sol*). Además del artículo sobre "Valle-Inclán, teólogo", me he ocupado del gran gallego universal en la 2ª serie de *Simpatías y diferencias* ("La parodia trágica", "Bradomín y Aviraneta"); en la 4ª serie, *Los dos caminos* ("Metamorfosis de Don Juan", "Apuntes sobre Valle-Inclán"), y en la 5ª serie ("El ramonismo en la actual literatura española", "Algo más sobre Valle-Inclán"), etc. (*Hoy puedo añadir: "Un libro juvenil de Valle-Inclán", en la segunda serie de Marginalia*).

A punto estuve de juntar con los *Cartones* cierta silueta de Codera y Zaidín que aparece en los *Retratos reales e imaginarios*, y cierta fantasía sobre "Los huesos de Quevedo" que figura en *El Cazador*. Pero al fin no vi la ventaja de pasarme la vida haciendo y deshaciendo la tela de mis propios libros.

Y como no quise caer en anacronismos, tampoco me resolví, en "Voces de la calle", a añadir una referencia a los pasajes en que Marcel Proust rozaría más tarde el mismo tema.

A mi llegada a Madrid, me encontré con Ventura García Calderón, entonces Secretario de su Legación en España. Recuerdo que su hermano Francisco vino a pasar con él unos días. Ventura, que había tenido la amabilidad de llevarme a dos o tres zapaterías, porque yo aún no conocía el comercio, le decía a Francisco, frotándose las manos como quien descubre un pecadillo gracioso: "Ya di con la coquetería de Alfonso, tiene la coquetería de los zapatos pequeños". Y no, ay de mí: es que todo va con mi talla, al menos en este punto pedestre. Y entre mi talla y la de los García Calderón —"pichones de elefante", los llamaban sus condiscípulos en Lima—, se notaba alguna diferencia.

Por entonces escribió Ventura *La verbena de Madrid* y unas brillantes entrevistas con Benavente y con Tomás Costa, el hermano de don Joaquín. Yo lo acompañé en esta ocasión (9 de octubre de 1914), y nos reíamos juntos de los humos que se gastaba el buen señor, creyéndose sin duda una reencarnación del "León de Graus". La manera como abrió la puerta corrediza de su salón, para deslumbrar con su presencia súbita a los dos embobados hispanoamericanos, fue verdaderamente teatral. De Monzie ha escrito sobre "las viudas abusantes"

(o "abusivas"). ¿Se ha escrito algo sobre los hermanos "abusantes"?

Ventura me había presentado con José Francés y su tertulia, que se reunía en las oficinas de Correos, calle de Carretas, (aún no se inauguraba el nuevo edificio de "Nuestra Señora de las Comunicaciones"), y a la que concurría Diego San José, cuyo manejo del castellano interesaba a Ventura en aquel entonces. Pero yo eché por otros atajos. Y precisamente escribí "El derecho a la locura" ante la incompreensión de José Francés y otros críticos *ejusdem farinae*, cuando Diego Rivera, Angelina Beloff, María Gutiérrez Blanchard, el escultor Lipchitz, etc, abrieron su inolvidable exposición. María, pin-

tora de extraordinario vigor, siempre denostada, incomprendida en su familia y en su mundo, perseguida por inicuas burlas en razón de sus defectos físicos —como siglos atrás nuestro pobre Ruiz de Alarcón—, emigró definitivamente a Francia y a Bélgica, cambió de lengua y se llamó en adelante, a secas, Marie Blanchard. No vivió mucho. De aquella época, época de gran pureza en la pintura de Diego, conservo dos cuadros: *La Plaza de Toros de Madrid* (la plaza en la soledad, como creada por el torbellino de tierra gris plomiza y rosa que la circundaba por aquella orilla de la ciudad, asunto inspirado a Diego por Jesús Acevedo, que llegó a escribir sobre esto),¹ y *El Mar de Mallorca*,

en que el ácido verde-azul del agua parece haber corroído y haber dejado en carne viva las rocas de todos colores.

¡Diez años de intensa actividad en Madrid! ¡Y qué Madrid el de aquel entonces, qué Atenas a los pies de la sierra carpetovetónica! Mi época madrileña correspondió, con rara y providencial exactitud, a mis anhelos de emancipación. Quise ser quien era, y no remolque de voluntades ajenas. Gracias a Madrid lo logré. Cuando emprendí el viaje de San Sebastián a Madrid, pude sentir lo que sintió Goethe al tomar el coche para Weimar.

1 J. T. Acevedo, "Paisaje del este: en torno a la Plaza de Toros", *El Figaro*, La Habana, 1915.

(Viene de la pág. 4)

cho. Comienza estrictamente apegado a la lógica: "Hace poco tiempo, Filiberto murió ahogado en Acapulco". El narrador, amigo íntimo de éste, cree que el percance se debió al agotamiento, a la imprudencia de Filiberto que, de noche, intentó nadar más allá de lo que le permitían sus fuerzas. Hasta aquí todo parece indicar que se trata de un cuento más de tendencia realista. Lo sorprendente, lo fantástico viene después. El cuento es retrospectivo: comienza por el final. Poco a poco vamos conociendo los rasgos sobresalientes del protagonista: edad, ocupación, gustos, el círculo en que se mueve. Lo que más luz arroja sobre el desenlace son los "apuntes" del propio Filiberto. Con ellos entra en juego el elemento fantástico: primero diluido, después con más fuerza hasta que logra borrar la realidad, sumir a los lectores en una pesadilla obsesionante.

Un ídolo, Chac Mool, logra en momentos convertirse en la figura principal, dominar a Filiberto. De ser mero objeto sedente almacenado en la Laguna, pasa a actuar como persona. Un pequeño percance casero, la descompostura de la tubería origina el desenvolvimiento de la historia. El Chac Mool, en contacto con el agua, va perdiendo su rigidez de piedra: "Hay en el torso algo de la textura de la carne —cuenta Filiberto— lo aprieto como goma, siento que algo corre por esa figura recostada".

El Chac Mool pronto se adueña de la casa, de Filiberto, su único ocupante... Este huuye a Acapulco, pensando librarse así de dueño tan monstruoso. Lo que parece a primera vista —plano lógico— locu-

LOS DIAS ENMASCARADOS

ra del personaje, se trueca, al final del cuento, realidad —como que el Chac Mool existe— cuando lleva el amigo el cadáver de Filiberto a la ciudad de México: "Antes de que pudiera introducir la llave en la cerradura, la puerta se abrió. Apareció un indio amarillo, en bata de casa, con bufanda. Su aspecto no podía ser más repulsivo; despedía un olor a loción barata, su cara, polveada, quería cubrir las arrugas; tenía la boca embarrada de lápiz labial mal aplicado, y el pelo daba la impresión de estar teñido.

—"Perdone... no sabía que Filiberto hubiera..."

—"No importa —contesta Chac Mool—; lo sé todo. Dígale a los hombres que lleven el cadáver al sótano".

En el cuento se advierten, a veces desligados, a veces confundidos, dos planos: uno real, verosímil; otro fantástico, improbable. Lo que parece a primera vista absurdo es lo real y viceversa. La trama se ajusta escrupulosamente a la lógica artística. En un cuento de tipo psicológico, el desenlace hubiera sido diferente: el Chac Mool, obvio es decirlo, no habría tenido vida aparte, existiría simplemente como fantasma en la mente desequilibrada de Filiberto. En un cuento como este, que pertenece de lleno a la literatura fantástica, la solución no podría ser otra que la ofrecida: Filiberto muere a manos del Chac Mool, quien además de ser el dios del agua, también es el dios del trueno.

Por boca de los dioses y *Chac Mool* son dos cuentos gemelos. Estéticamente el pri-

mero es inferior al segundo. En ambos late, sin embargo, la misma tónica; ambos son manifestaciones del mismo mundo: curiosa mezcla de elementos prehispánicos y elementos del México de hoy. Los hombres que lo pueblan se debaten entre dos teogonías que se complementan entre sí: la azteca y la católica. "El cristianismo —dice Pepe, personaje de *Chac Mool*—, en su sentido cálido, sangriento, de sacrificio y liturgia, se vuelve una prolongación natural y novedosa de la religión indígena. Los aspectos de caridad, amor y la otra mejilla, en cambio son rechazados. Y todo en México es eso: hay que matar a los hombres para poder creer en ellos". "Si no fuera mexicano no adoraría a Cristo... Llegan los españoles y te proponen adores a un Dios muerto, hecho un cóagulo, con el costado herido, clavado en una cruz. Sacrificado. Ofrendado. ¿Qué cosa más natural que aceptar un sentimiento tan cercano a todo tu ceremonial, a toda tu vida?" Los elementos que forman este mundo, como las culturas que los representan, se hallan superpuestos: abajo lo indígena, soterrado, actuando como supervivencia; arriba, lo occidental, el mestizaje... Los labios que arranca Oliverio de un cuadro de Tamayo en *Por boca de los dioses*, representan aquí, papel equivalente al del Chac Mool en el cuento de ese nombre. Labios e ídolo ejercen tiranía sobre Oliverio y Filiberto, los protagonistas. Este muere, como hemos visto, víctima del dios del agua; aquél, por intervención de Tlazolteotl, diosa de la inmundicia, de la

fertilidad y la comunión entre los aztecas, quien, persiguiendo a los labios que se habían superpuesto a los de Oliverio, mata a éste, arrancándole en un beso la boca indígena. Simbólicamente la tiranía que ejercen tanto el Chac Mool como los labios indígenas, representa el empuje de la sangre indígena sobre la española, el peso de lo antiguo sobre lo moderno.

En estos dos cuentos se advierten tanto las cualidades como los defectos de Fuentes. Aquéllas se encuentran principalmente en *Chac Mool*, éstos en *Por boca de los dioses*. De sus méritos ya he hablado, no de sus fallas. En momentos, el lenguaje es excesivo; la extensión de los incidentes que forman la estructura del cuento peca, en ocasiones, de desmedida. En síntesis, debe practicar el consejo de Alfonso Reyes: escribir con los dos extremos del lápiz.

En otros cuentos del libro, Fuentes presenta distintas perspectivas de su mundo fantástico. La literatura fantástica es una protesta contra la realidad, no como se cree vulgarmente, una fácil evasión de la coordinada espacio-tiempo en que se vive. Fuentes, al desentenderse aparentemente de la realidad, lo que está haciendo es penetrar más en ella, revelar su inconformidad contra los órdenes políticos vigentes. Su protesta toma cuerpo mediante el uso reiterado de la ironía, de la burla. El título del libro es simbólico: va su autor quitando la máscara a cada día —a cada asunto—, presentándolo en su faz insólita: la de la verdad.

1 CARLOS FUENTES, *Los días enmascarados*. "Los Presentes". México, 1954, 104 pp.